
Cuidad: espacios de la movilidad, fluidez y fragilidad*

The city: a fluid, leaky and contingent space

Dory Luz González Hernández**

Corporación Universitaria Republicana. Bogotá D.C.

dorygonzalez@urepublicana.edu.co

Gustavo Octavio García Rodríguez***

Fundación Universitaria Los Libertadores. Bogotá D.C.

gogarciag@libertadores.edu.co

RESUMEN

El presente artículo propone una reflexión sobre el devenir de la ciudad contemporánea. En este se sustenta que, debido al constante movimiento y a la velocidad cotidiana, los sujetos se ven imposibilitados en la construcción de comunidad y que la ciudad se acostumbra cada vez más a grandes edificaciones, distancias más largas, espacios de flujos y carreteras virtuales, constituyéndose en el escenario de sujetos emergentes, que han deshabilitado la otredad y conquistado el ensimismamiento; en este sentido, la ciudad genera en sus habitantes un doble sentido y sensación: por un lado, el saberse parte de ella y, al mismo tiempo, el deseo de alejarse y evitar su posesión.

Palabras clave: antropología, sujeto, contemporáneo, cambio, movimiento.

ABSTRACT

This article proposes a reflection on the evolution of the contemporary city. This is sustained that due to the constant movement and daily rate, subjects are unable to build community and the city gets used increasingly large buildings, longer distances, flows and virtual spaces roads, constituting on the stage of emerging subjects, who have disabled otherness and conquered the reverie, in this sense, the city generates its inhabitants a double meaning and sense: first, the known part of it and at the same time, the desire to get away and avoid their possession.

Key words: anthropology, subject, contemporary, change, movement.

Fecha de recepción: 3 de octubre de 2014.

Fecha de aceptación: 13 de noviembre de 2014.

* El presente artículo es resultado del proyecto de investigación titulado: *Ciudad contemporánea: topografías del delirio y la incertidumbre*, financiado por el Centro de Investigaciones y la Facultad de Trabajo Social de la Corporación Universitaria Republicana en la convocatoria abril de 2014- abril de 2015.

** Doctorando en Estudios Sociales de América Latina en la Universidad Nacional de Córdoba/Argentina, Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria. Especialista en Pedagogía del Lenguaje Audiovisual. Licenciada en Ciencias Sociales. Docente investigadora de la Corporación Universitaria Republicana y la Fundación Universitaria Los Libertadores

*** Sociólogo, Universidad Nacional de Colombia, Candidato a Magíster en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional. Docente investigador de la Fundación Universitaria Los Libertadores.

1. INTRODUCCIÓN

Las ciudades contemporáneas son lugares sin centros, espacios de flujos en los que, como señala Bauman (2002), citando a Pascal: “vivimos en círculo extraño cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna” (p. 123), haciendo posible que se conciban con mayor facilidad los no lugares, que circulan en la ciudad y lo urbano.

En este sentido, la ciudad aparece como el escenario constitutivo de la emergencia de un sujeto cada vez más débil en el entretejido de la sociedad. Dicha debilidad se genera debido al ensimismamiento y el carácter de seguridad con el que se reviste. Para ostentar un lugar en la urbanidad y la ejemplificación de los cuerpos que la habitan, el sujeto de hoy debe actuar de manera distinta a las anteriores convenciones, así, los ritos, comportamientos, estereotipos y representaciones ya no son los que otrora se habían gestado en las antiguas ciudades.

De este modo, es necesario emprender el conocimiento hacia esa nueva configuración de los sujetos que habitan y se configuran en las ciudades contemporáneas; toda vez que son ellas las que, en el proceso de urbanización, delimitan el alcance y logro de subjetividades que circulan desde la ciudadanía hasta la identidad.

La alteridad, la identidad, la ciudadanía y la multiculturalidad se constituyen en una de las múltiples posibilidades en las que ahora el sujeto se adapta y se expresa en los intersticios de la ciudad y la urbanización.

La ciudad como escenario fijo y la urbanización como la mutación permanente de dicha ciudad son, hoy en día, elementos necesarios para el estudio y consolidación del quehacer investigativo y de intervención en el área de las ciencias sociales, en especial del trabajo social; por ello es de relevancia y pertinencia pensar y repensar el sujeto y las subjetividades que se configuran en dichos escenarios. Toda vez que las dinámicas sociales contemporáneas exigen repensar el sujeto como elemento dinámico que se constituye a partir de nuevas realidades asociadas a la velocidad y descentramiento del tiempo y del espacio, producto de las carreteras virtuales, permitiendo que se piense en el ahora (como tiempo) y el aquí (como espacio); de otro lado, el consumo instituye las formas en las cuales el sujeto debe establecerse en las urbes, a través de las cercanías a los centros comerciales, megamercados y otros dispositivos de compras que multiplican preferencias y ofrecen disímiles posibilidades para consumir y ser consumidos; apuestas con las que el posfordismo¹ pretende lograr la sujeción de los individuos en la ciudad y la forma como la urbe se presenta para que los sujetos reinterpreten su forma de ser y estar en el mundo.

El estudio de la antropología urbana no es reciente, se inicia desde la Escuela de Chicago (1940), debido a las migraciones y el aumento exponencial de las migraciones del campo a la ciudad; desde allí esta disciplina

¹ Paolo Virno (2002) plantea, en su texto *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, diez tesis o aserciones en las que expone, entre otras cuestiones, el origen del posfordismo, así como la tesis de la multitud en las luchas sociales que tuvieron lugar en Italia en 1977, donde se dio paso a una “metamorfosis drástica de la organización productiva” (p. 103): la transformación de los comportamientos en un recurso productivo. El movimiento del 77 se caracterizó por el éxodo de la fábrica, el rechazo al empleo estable y la familiaridad con los saberes y las redes comunicativas, generándose así el declive de la sociedad fordista, en palabras de Virno, una contrarrevolución. Del mismo modo, el filósofo italiano vuelve sobre Marx en distintos sentidos, primero, para decir que el posfordismo es la realización empírica del “fragmento sobre las máquinas”, que hace que la ley del valor se quiebre por el mismo desarrollo capitalista (p. 105), gracias a una contradicción entre un proceso productivo volcado sobre el desarrollo científico y tecnológico, y la unidad de medida de la riqueza relacionada con la cantidad de trabajo incorporada a los productos. La respuesta a esta tesis enunciada en forma de pregunta es afirmativa, pero no con un enfoque emancipatorio.

de la antropología vuelca la mirada a desentrañar la disyuntiva de si el sujeto transforma a la sociedad o viceversa, generando un gran número de conjeturas ante dicha dicotomía conceptual.

Desde esta perspectiva, las dinámicas cambiantes de la sociedad actual, que enfrenta la digitalidad, el capitalismo financiero, el consumo como modo de vida y las redes sociales como alternativa en la construcción de sociedad, complejizan el escenario de la ciudad y la urbe, especialmente en lo que se refiere a la posición del sujeto en esta atmósfera; de allí la importancia de investigar y desentrañar las posibilidades de constitución del sujeto, su identidad y la alteridad en una época de ensimismamiento e individualización.

Pensar las ciudades contemporáneas y, en especial, una como la ciudad de Bogotá significa pensar en los sujetos que hacen parte de ellas y las asumen como el escenario de su cotidianidad. Así se permite visibilizar una multitud de relaciones al interior de las ciudades que exigen un estudio detallado y minucioso de la manera en que el sujeto se configura y atiende a las necesidades que la ciudad de hoy le impone o le advierte.

Los procesos de urbanización, la transición del campo a la ciudad y la transición del mundo al capitalismo financiero, hicieron de las ciudades contemporáneas lugares de nuevas relaciones: entre el sujeto con el espacio físico y de los sujetos entre sí, ocasionando subjetividades y fenómenos emergentes.

En el caso específico de Bogotá, la ciudad ha experimentado en las últimas décadas un crecimiento exponencial en la población y paralelamente en los procesos de edificación, como lo advierte el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE):

Para el 2012 en el cuarto trimestre las edificaciones en proceso para el área urbana de Bogotá (Bogotá D.C y Soacha) registraron: obras censadas que continúan en marcha con 5.672,8 miles de m² (creciendo 5,0%), obras que se iniciaron con 1.174,3 miles de m² (variando -4,1%) y obras que reiniciaron producción con 49,9 mil m² (decreciendo 41,9% frente al mismo trimestre en 2011) (DANE, 2012, p.371).

Lo que explica una concentración de la población en la capital de la nación y un fuerte proceso de desplazamiento —que no necesariamente es violento—, que incita a pensar en una nueva configuración de la ciudad y, por ende, en la innovación del sujeto frente a las relaciones económicas, sociales y políticas que se complejizan en su interior; es decir, se hace necesario pensar al sujeto en la ciudad, toda vez que este asume una nueva disposición a partir de las complejas relaciones y tensiones que se ejercen al interior de la metrópoli bogotana, debido al aumento poblacional, la distribución espacial, las relaciones con el otro, las relaciones con las instituciones; entre otras múltiples miradas.

2. PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN Y ESTRATEGIA METODOLÓGICA

La investigación que sustenta este artículo se centró en dar respuesta a una pregunta: ¿cómo se relaciona el sujeto contemporáneo con la ciudad y sus procesos de urbanización, y cómo dichas relaciones constituyen subjetividades emergentes y alternativas en el espacio específico de Bogotá? Este ejercicio investigativo se basó en un enfoque cualitativo, toda vez que procuró comprender al sujeto en una diversidad de dimensiones y las formas en que se constituye y manifiestan las sujeciones que hacen posible que determine sus subjetividades.

El enfoque cualitativo, según Elsy Bonilla y Penélope Rodríguez (1997), es el más idóneo para interpretar las nuevas constituciones y devenires de los hombres y mujeres de hoy. Siguiendo su propuesta, se aplicó en tres etapas: la definición de la situación problema, en esta se encuentran la exploración de la situación y el diseño; el trabajo de campo, etapa en la que se encuentran la recolección de datos cualitativos y la organización de la información, e identificación de patrones culturales, en la que se encuentran el análisis, la

interpretación y la conceptualización inductiva (Bonilla & Rodríguez, 1997, p. 250). Esta forma de ejecutar la investigación supuso la construcción de nuevas categorías y la interpretación de la información a partir de una mirada intersubjetiva de la misma, condición innegable de la antropología urbana —situación desde la cual se planteó la investigación.

Por otro lado, la investigación admitió un método empírico-analítico, que consistió en el análisis del fenómeno observado a través de un ejercicio riguroso que permitió dar cuenta de la construcción de nuevos sujetos y subjetividades en la ciudad y su escenario de urbanización. Para ello, la investigación, asociando el ejercicio antropológico a la etnología, y específicamente a la etnografía, hizo uso de este para realizar una descripción densa de los sujetos que circulan en la ciudad y sus posibilidades de constitución; lo anterior a través del trabajo de campo y el uso del diario como herramienta para dimensionar el sujeto en la cotidianidad y su cultura.

La población determinada para el desarrollo del ejercicio etnográfico fueron los habitantes de la ciudad de Bogotá, que ostentan la ciudadanía y que se constituyen en esta nueva ciudad (18 a los 40 años); la observación se realizó en tres localidades: Santa Fe, Mártires y Teusaquillo, en los diferentes nodos en los que circulan los sujetos (centros comerciales, universidades, estaciones de Transmilenio, ciclovías y otros). También se realizó un análisis documental de textos sobre las representaciones urbanas, documentos legales (Plan de Ordenamiento Territorial, acuerdos y demás), que permitieron observar el sujeto que la ley desea configurar y que el mismo poder se encuentra construyendo en un ejercicio de administración de la vida.

3. RESULTADOS

Diversos referentes, en materia teórica y conceptual, han abordado la ciudad como eje de sus indagaciones, así también para el caso del sujeto urbano; como se señaló con anterioridad, la denominada Escuela de Chicago es pionera en esta materia (mediados del siglo XX), así como un referente ineludible al hablar del tema. Paulatinamente, estas preocupaciones se asociaron a los denominados urbanistas, a los gestores y diseñadores de políticas públicas relacionadas con lo urbano y, de allí, al campo político mismo; el impacto de la ciudad como fenómeno es tan contundente que el arte mismo —visto en un sentido extenso—, ha producido innumerables elementos basados en este, tan ricos y tan diversos que no podrían siquiera enumerarse a satisfacción.

Los referentes tenidos en cuenta en la investigación han sido producidos desde los años veinte y treinta del siglo XX (caso Escuela de Chicago), han evolucionado a lo largo del tiempo; pero, en particular, como resultado de la necesidad de responder a las dinámicas de una modernidad que se transforma y complejiza con rapidez y de ciudades cada vez más difíciles de abordar con la unicidad de un concepto o teoría particulares; ciudades turbulentas, rebozadas, densas y, en particular, culturalmente complejas. A este respecto debe anotarse que las ciudades modernas se encuentran particularmente afectadas por fenómenos macro de enorme influencia, entre los cuales la globalización es el más destacado.

En las ciudades contemporáneas enfrentamos una situación que figura como referente: además de la impronta homogeneizadora de “lo global”, de su paradójico efecto de alentar el individualismo para terminar homogeneizándolo vía consumo, asistimos a “otras formas de singularización y a otras maneras de sociabilidad distintas a las que suponen conforman esas categorías universales de la identidad y la subjetividad bajo cuyas interpretaciones era más que viable encontrarlas cohesionadas” (Montoya, 1999, p. 12).

Los sujetos interactúan con ese universo de significados, sentidos y experiencias que son las ciudades. Estas y los sujetos se codeterminan en momentos y entornos particulares; sin embargo, es el sujeto quien está en condición de actuar acorde el panorama que lo devora, “ellos mismos, los que producen sus propias territorialidades, sus cruces, sus encuentros, sus atracciones y hasta disoluciones, para terminar dejando como rastro y huella de su paso esos puntos en los cuales cristalizan las singularidades y las sociabilidades humanas” (p. 12). En palabras de Montoya, se parte aquí de la ciudad como dispositivo de sociabilidad tanto como un espacio existencial en sí mismo.

La ciudad ha sido objeto de múltiples interpretaciones; es un hito ver en ella un sistema vivo, un “crisol de microsociedades copresentes” (Delgado, 1999a, p. 3) en el que se destacan los marginados y desertores, según la lectura del grupo de Chicago; sin embargo, y lejos de compilar aquí una serie de elementos definitorios, llama más la atención señalar una distinción expuesta por Delgado entre la ciudad y lo urbano: la ciudad es la estructura física con límites, diferenciaciones internas y externas así como vías de circulación, entre otros; lo urbano, por su parte, trasciende dichas fronteras y ordenamientos, hace referencia a lo “fluctuante, lo efímero, escenario de metamorfosis constantes, por todo lo que hace posible la vida social [...] es un proceso, que nunca nos sería dado ver concluido, de cristalización” (p. 10).

Lo urbano no es un espacio en cuanto tal, sin embargo, lo urbano cobra vida con más fugacidad en el espacio público, allí se da lo imprevisto, se denota cierto peligro, allí se vinculan los extraños en medio de la distancia y el anonimato de sus individualidades: “de un lado tenemos la ciudad geométrica, geográfica, hecha de construcciones visuales, planificada, legible. Del otro, la ciudad-otra, poética, ciega y opaca, transhumante, metafórica, que mantiene con el usuario una relación parecida a la del cuerpo a cuerpo amoroso” (p. 14). La “cuestión urbana”, como señalan los entendidos, no es entonces un asunto sencillamente topográfico o morfológico, un asunto de mero diseño, implica ver más allá de la lógica de la forma para orientarse en los sentidos del uso mismo de eso que se ha estipulado como espacio urbano: “es la acción social lo que, como a fuerza confortante que es, acaba por impregnar los espacios con sus cualidades y atributos” (p. 14).

Los derroteros teóricos presentados tienen en su sustrato de fondo una situación común en las ciencias sociales: no hay consensos definitivos acerca de lo que es la ciudad, menos cuando se piensa en lo urbano. García-Canclini (1997) se plantea al respecto: “¿Acaso es posible abarcar con un solo concepto —el de cultura urbana— la diversidad de manifestaciones que la ciudad engendra?” (p. 30). Parece necesario reorientar las certezas que, en términos teóricos, se poseen, buscando un mayor nivel de aproximación a la complejidad del fenómeno.

Una lectura de la historia de las teorías urbanas en este siglo, que tomara en cuenta los cambios ocurridos en las ciudades, nos haría verlas como intentos fallidos o insatisfactorios. Más que soluciones o respuestas estabilizadas, hallamos una sucesión de aproximaciones que dejan muchos problemas irresueltos y tienen serias dificultades para prever las transformaciones y adaptarse a ellas (pp. 40-45).

En la dificultad que propone García-Canclini se cuenta con ejercicios que oponen la ciudad al campo (y todo lo que ello implica), otros que enfatizan los criterios de orden geográfico-espacial (Escuela de Chicago), los que reducen la cuestión a criterios económicos o los que relevan las representaciones y experiencias urbanas; con todo, la conclusión es que no hay una aproximación que cuente con validación u consenso adecuado, en esta materia, en el campo de las ciencias sociales.

A la luz de la cuestión, García-Canclini ha sugerido, en el marco del inicio del siglo XXI, centrar la atención en tres temas juzgados por él nodales en materia de la ciudad: la heterogeneidad multicultural, la segregación intercultural y la desurbanización. Cuestiones todas que implican tener presente el desarrollo histórico de una ciudad concreta; este desarrollo ha llevado, en la actualidad, a pensar en términos de

megaciudades, conurbaciones o megalópolis (ciudades de más de diez millones de habitantes): “etapa en la que una gran concentración urbana integra otras ciudades próximas y conforma una red de asentamientos interconectados” (p. 50).

3.1. La ciudad líquida y la civilidad

Zygmunt Bauman (2002) ha ofrecido interesantes aportes para el abordaje de esa complejidad social de la que las ciudades contemporáneas son exponentes particulares; sus metáforas han resultado muy sugerentes para partir hacia la reflexión de los entornos en los que la mayoría de las personas del globo viven hoy en día. Bauman ha encontrado en las ideas de Richard Sennet un punto de partida para el desarrollo de sus ideas relativas a estos temas; para Sennet, una ciudad es “un asentamiento humano en el que los extraños tienen probabilidades de conocerse” (citado en Bauman, 2002, p. 100). A lo que Bauman comenta: “esto significa que los extraños tienen probabilidad de encontrarse en su calidad de extraños, y que posiblemente seguirán siendo extraños tras el ocasional encuentro que termina de modo tan abrupto como comenzó” (p. 103). La ciudad es entonces un entorno donde fluyen extraños, donde en ciertos momentos particulares se encuentran a la luz de momentos y lugares precisos que apuestan por la velocidad, la discontinuidad y sinteticidad de las relaciones. Bauman dice que es más un desencuentro que un encuentro propiamente dicho:

Como la araña, cuyo mundo está en cerrado en la tela que teje con sustancias de su propio abdomen, el único respaldo con el que los extraños pueden contar debe ser tejido a partir del delgado y frágil hilo de la apariencia, las palabras y los gestos (p. 103).

Del mismo modo, Delgado (1999a) construye el escenario para pensar en la ciudad líquida; su percepción atraviesa por la diferenciación entre lo urbano y la ciudad. Lo urbano va más allá de la ciudad, se establece desde las estructuras inestables y móviles, sobrepasando las fronteras de la ciudad, “lo urbano viene a ser un continente que se acaba de descubrir, y cuya exploración se lleva a cabo edificándolo” (Lefevre citado por Delgado, p. 6); la ciudad, por el contrario, permanece en su misma frontera; la ciudad es una estructura más estable en el sentido de sus relaciones y construcciones.

La ciudad líquida de Manuel Delgado (1999a) es la representación de un espacio habitado por sujetos que transitan, moran, permanecen o fluyen, porque la ciudad a diferencia de lo urbano se encuentra siempre habitada; pues lo urbano lo constituyen los usuarios². Es entonces lo urbano espacio público, pues allí transitan sus usuarios; es lo urbano ese lugar de fluidez, de distanciamiento y de separación que pone de manifiesto que incita a la individualización.

La ciudad como parte de lo urbano establece una relación entre el morador y el usuario, entre el que circula y el que quiere permanecer; esa relación entre lo urbano y la ciudad genera una tensión entre el ciudadano y el consumidor, fundamental para observar el camino hacia la posibilidad de la ciudad de hacerse parte de lo urbano.

La ciudad se hace, surge como el espacio para los habitantes y las construcciones que cada vez son más ambiguas. El habitante de la ciudad, que es a la vez morador, extranjero, transeúnte, encuentra en las ciudades contemporáneas nuevas posibilidades de desarticulación de la sociedad. La ciudad es ahora un lugar en el que es difícil acceder; los lugares de tránsitos son cada vez más largos y peligrosos, los encuentros en las calles han desaparecido para dar paso a los encuentros en la red, el encierro es una posibilidad más viable para un transeúnte miedoso, cuyos medios de comunicación le incitan terror por las calles; todo ello

² El usuario referido al valor de uso.

implica que la apropiación por la ciudad sea instantánea, volátil y líquida, solo se va a ella por necesidad y para hacer lo necesario, la calle ya no es una opción, el encierro sí, las pantallas ofrecen todo lo de la ciudad sin necesidad de ir allí.

Por ello, cuando el transeúnte se atreve a buscar la ciudad, esta se convierte en un no-lugar³; es decir, en un lugar de fluidez y liquidez, en el que es imposible mantener contacto con el otro, generar relaciones y producir identidad. Los grandes centros comerciales, diseñados para satisfacer todas las necesidades en un solo sitio —encerrados, vigilados y protegidos—, son el mejor ejemplo de estos no-lugares y de la manifestación de la liquidez de la ciudad; se tiene todo pero a la vez nada, se encuentra con todos, pero a la vez no hay a quién recurrir, son tan grandes que es imposible para el transeúnte identificarse con algo y sentirse parte de. El encierro protege pero no salva de las necesidades de la comunidad.

Las ciudades son hoy enormes inmuebles, edificios inteligentes, grandes puentes, avenidas rápidas y megaconstrucciones que producen en el individuo la insignificancia y la pequeñez del sujeto frente a la grandeza del ladrillo, generando el miedo a esta y sometiendo al sujeto al encierro en su lugar seguro —casa, oficina, centro comercial, conjunto cerrado, etc.—; por ello, el proceso de individualización se hace cada vez más fácil, impidiendo la construcción de una comunidad o sociedad, deconstruyendo la esfera pública y evitando las relaciones.

¿Cuál es el componente que otorga a esos delgados hilos su capacidad de adhesión? ¿Cuál es la habilidad especial que requieren los extraños en las ciudades? La respuesta la encuentra Bauman (2002) en las ideas de Sennet: la civilidad, entendida como:

Actividad que protege mutuamente a las personas y que no obstante les permite disfrutar de su mutua compañía. Usar una máscara es la esencia de la civilidad. Las máscaras permiten una sociabilidad pura, ajena a las circunstancias del poder, el malestar y los sentimientos privados de todos los que las llevan. El propósito de la civilidad es proteger a los demás de la carga de uno mismo (Sennet citado por Bauman, p. 106).

La civilidad es un arte en sí misma que se torna característica de todo entorno social; una especie de destreza necesaria para los ciudadanos, para su óptimo desempeño en la ciudad; en últimas, una cualidad de los individuos. ¿Cómo opera es civilidad en la práctica, en el diario vivir? Contesta Bauman: mediante la “provisión de espacios que la gente puede compartir como persona pública —sin que se la inste, presione u obligue a quitarse la máscara y ‘soltarse’, ‘expresarse’, confesar sus sentimientos y exhibir sus pensamientos, sueños y preocupaciones más profundos” (p. 104). Estamos, entonces, frente a una estrategia de socialización que salvaguarda al “verdadero yo”, en tanto, al interactuar, no da pie a que el involucramiento sea más significativo o, si se quiere, más íntimo.

De allí que los espacios relevantes de una ciudad, en el marco de tales referentes, sean los espacios públicos en sus versiones “no civiles”. Bauman presenta dos categorías que representan estos espacios:

El lugar llamado La Défense, una enorme plaza situada en la ribera derecha del Sena [...], un lugar inhóspito: todo lo que está a la vista inspira respeto pero desalienta la permanencia. Los edificios de formas fantásticas [...] están hechos para ser mirados, no para entrar en ellos [...], no hay bancos donde sentarse, ni árboles cuya sombra ofrezca refugio del sol y permita refrescarse [...]. La segunda categoría [...] está destinada a prestar servicios a los consumidores o, más bien, a convertir al residente de la ciudad en un consumidor [...], instan a la acción, no a la interacción (pp. 104-105).

³ El concepto de no-lugar es acuñado por M. de Certau en su libro *L'invention du quotidien*, pero va ser retomado por Marc Augé (2007), quien lo va definir más claramente en el contexto de las sociedades actuales.

Estos espacios públicos no obstante no civiles son, además de los elementos anteriores, espacios que generan una sensación de seguridad, pues están libres de extraños, intrusos o sencillamente de personas demasiado distintas respecto de lo que la pauta del lugar imprime (habitantes de calle, vagos, desocupados, etc.); cámaras por doquier, seguridad privada y demás formas cada vez menos evidentes de vigilancia son las constantes de estos espacios.

3.2 La ciudad hoy: espacio de fronteras

Para hablar sobre las fronteras en las ciudades, es importante remitirse a Marc Augé (2007), que entiende cómo el concepto se ha desdibujado debido a la globalización; para Augé, ya no se habla de fronteras entre los países, pues la misma globalización las pretende disolver; sino que se habla de las fronteras en las ciudades, fronteras que en su mayoría son invisibles (p. 15).

Dichas fronteras se gestan para separar los conflictos, los problemas identitarios y raciales, la pobreza, las migraciones, en fin, para dejar a un lado la degradación del llamado “progreso”; dicha separación se resuelve a partir de fronteras invisibles, que no son tan invisibles, pues son diseñadas por arquitectos e ingenieros, en los llamados barrios privados, que con la supervigilancia y monitoreo impiden el acercamiento y el acceso a los otros a estos barrios, que son diseñados para evitar cualquier contacto con la periferia y sus problemas.

Se cuestiona Augé, según lo anterior, sobre si estas son fronteras o barreras, definiéndolo así:

Una frontera no es una barrera, sino un paso, ya que señala, al mismo tiempo, la presencia del otro y la posibilidad de reunirse con él. Una gran cantidad de mitos señalan tanto la necesidad como los peligros que se encuentran en este tipo de zonas de paso: muchas culturas han tomado el límite y la encrucijada como símbolos, como lugares concretos en los que se decide algo de la aventura humana, cuando uno parte en busca del otro (p. 21).

Es así como la frontera en las ciudades se ha convertido en el lugar de la separación, la imposibilidad de hacer parte de un todo y empezar a convertirse en una fracción que se separa de dicho todo. La frontera en la ciudad contemporánea es una barrera que imposibilita el ejercicio de sociedad, asume la privatización de los espacios públicos y logra mantener aislado a los ricos de los pobres.

En ciudades de conflictos permanentes como Bogotá, las fronteras y barreras no sólo son para separar los ricos de los pobres, sino para establecer e instituir poderes entre los sujetos, las autoridades, los grupos al margen de la ley y otras tantas relaciones que se entretienen en dichas sociedades.

Augé, define que las fronteras no solo son de relaciones socio-económicas o de poder. Igualmente existen fronteras culturales, lingüísticas o políticas (pp. 16-21), estas han sido violadas para imponer el poder y generar procesos de multiculturalidad. Las fronteras pueden posibilitar la consolidación de sociedades enriquecidas en todas sus dimensiones, siempre y cuando se entiendan estas como el camino para reconocer al otro.

De este modo, la frontera no necesariamente debe caracterizar algo negativo, debe ser vista como la posibilidad de construir nuevos escenarios en la ciudad, como construcción de una multivariada forma de construcción de sociedad; pero si la frontera se asume como barrera, como límite, como separación, esta puede llegar a generar unidades que fragmentan la esencia de la ciudad y producen una ruptura de ciudad para generar las ciudades.

Las llamadas megalópolis cada vez más advierten en su interior este tipo de fronteras en las ciudades, gestadas por una forma de urbanización que las permite y motiva, creando unas periferias en las que

abundan conflictos sociales y un centro encerrado y temeroso de dicha periferia; en la que las calles y las avenidas terminan siendo los límites de estas separaciones.

Tanto en el concepto de globalización como en los planteamientos de aquellos que se apoyan en él, se encierra la idea de acabamiento del mundo y de paralización del tiempo, que revelan una total falta de imaginación y una adhesión al presente, profundamente contrarias al espíritu científico y a la moral política (p. 23).

Una vía muy interesante para abordar la ciudad como un espacio de fronteras es la que propone Manuel Delgado (1998), a propósito del racismo y su relación con las ciudades, que, en el fondo, son preocupaciones acerca de la exclusión social en el entorno urbano.

Punto, entonces, que se abre a través de una contradicción; si hay un espacio en el cual lo diferente, lo diverso, se convoca, ofreciendo una suerte de mixtura en medio de la coexistencia, es la ciudad. Lo urbano es casi por definición heterogéneo en su origen: “está determinado por esa heterogeneidad de formas de pensar, de decir, de hacer, al mismo tiempo que por la pluralidad de espacios morales” (p. 8). El problema es entonces pensar que la sumatoria de esas diferencias se da en la práctica organizadamente o a la manera orgánica en que la Escuela de Chicago lo contempló en su momento, que la diferencia es controlable o, si se quiere, manipulable en el espacio urbano; esta alternativa se orienta a ver la “manera como esa relación entre las colectividades y el espacio se basa en la tensión, la puesta a distancia y, eventualmente, el conflicto y hasta la lucha” (p. 9).

La, ciudad, por definición, debía ser considerada como un espacio de las disoluciones, de las dispersiones y de los encabalgamientos entre identidades, que tenía incluso su escenario en cada sujeto psicofísico particular, ejemplo también él mismo de la necesidad de estar constantemente negociando y cambiando de apariencia (p. 10).

La inestabilidad es entonces el referente central desde el cual acercarse a las ciudades, por más que se acentúen las estructuras diferenciadas y se planea y construya sobre terreno con el ideal de la cuadrícula, en donde cada cuadrado está perfectamente ubicado y diferenciado de los otros que le son contiguos en cualesquiera direcciones; en tal orden de ideas, cobra sentido que el espacio público sea en particular

[u]n territorio desterritorializado, que se pasa el tiempo siendo territorializado y vuelto a territorializar después. Está marcado por la sucesión y el amontonamiento de poblaciones, en que se basa en la concentración y el desplazamiento de las fuerzas sociales que convoca o desencadena, y que está crónicamente condenado a sufrir todo tipo de composiciones y recomposiciones morales (pp. 10-11).

¿Cómo limitar la inestabilidad, el flujo constante y la interminable dinámica de la territorialización/desterritorialización de los espacios públicos urbanos? Mediante el racismo, responde Delgado:

Conjunto de formas de exclusión social de que puede ser objeto un grupo humano, no a partir de lo que hace, sino a partir de *lo que es* o de *lo que se considera que es*. Esa exclusión consiste fundamentalmente en la negativa de que ciertos elementos del sistema pueden ser víctimas a la hora de gozar a ese pleno acceso al espacio público, al anonimato y a la indiferencia y la imposición de todo tipo de servilismos en forma de “peajes” o de “controles”, la negación del derecho a circular, a moverse, a discurrir pasando desapercibido. La exclusión, lo que reúne sus múltiples expresiones bajo la denominación de racismo, se confunde así, por las dimensiones preferentemente espaciales que adopta, con la segregación (p. 12).

Al existir la figura de los peajes, se asiste a una suerte de ritual de paso que no se agota en la figura de la puerta o del muro; tomando mano de la noción de no-lugar de Michel de Certeau (citado por Delgado,

1999b), el anónimo transeúnte de la ciudad pasa a ser evaluado por los ojos vigilantes de los guardianes de la seguridad públicos y privados, en medio de espacios sin dueño claramente definidos, una calle, una plaza, una estación de transporte (espacio públicos todos), entre otros: una frontera “por definición no tiene propietario, puesto que es un pasaje, un vacío concebido para los encuentros, lo intercambios y los contrabandos. Toda frontera es eso: un entre deux” (Delgado, 1999, p. 123).

3.4 Movilidad, lo urbano y la ciudad

¿Qué es la movilidad? Para Marc Augé (2007) es claro que esta categoría puede ser vista desde la movilidad humana (migraciones, turismo, mejoramiento profesional, etc.), la movilidad comunicacional (producto de las nuevas tecnologías), la movilidad de productos (bienes, servicios e imágenes también producto de las nuevas tecnologías) y, por último, desde el modo cómo la ciudad exige un ejercicio de movilidad para poder construirse como sujetos, sea bien esta una movilidad en la realidad o la virtualidad.

Desde lo anterior, es necesario observar que la movilidad opera como una constante en las ciudades de hoy, producto de las propias dinámicas que la globalización ha impuesto. El turismo es una forma de movilización que ha tenido su mayor auge en las últimas décadas, debido a los planes y al modelo económico que continuamente lo alienta; viajar y conocer otros puntos del planeta —propio de los ejercicios de la mundialización—, el ejercicio masivo del turismo que genera procesos de interculturalidad y posibilidades de reconocerse como iguales en culturas distantes; por otro lado, las ciudades han acomodado su escenografía para el turismo: al turista no se le enseña la ciudad pobre, degradada y abandonada. El turismo incita a dividir la ciudad, entre la que puede ser vista por el turista y la que se le esconde.

Desde este punto de vista, nuestra época se caracteriza por un contraste tan sorprendente como terrible, ya que los turistas suelen visitar los países de los que los inmigrantes se ven obligados a irse, en condiciones difíciles y, a veces, llegando a arriesgar su vida. Estos dos movimientos en sentido contrario son uno de los posibles símbolos de la globalización liberal, de la que ya sabemos que no se facilitan de la misma manera todas las formas de circulación (p. 62).

Entonces, la movilidad característica de las ciudades hoy promulga el turismo, por un lado, y posee fuertes problemas con las migraciones, por otro lado —otra forma de movilidad—; la razón fundamental es que este tipo de movilidad ha traído consigo, dificultades socio-económicas en los países desarrollados o dentro de los mismos países de las periferias⁴, que son los que reciben el mayor número de migrantes; estos migrantes han constituido barrios en las periferias y *ghettos* con sus propias dinámicas internas. Las migraciones han cambiado incluso las formas de la ciudad, los accesos, los rituales y las manifestaciones artísticas y culturales.

Por otro lado, la movilidad producto de las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones va impidiendo, poco a poco, las relaciones sociales y ha empujado al individuo al mundo virtual; elemento propio de esta movilidad es la manera como el individuo se desterritorializa y se muestra cada vez más instantáneo en la relaciones, constituyéndose en un sujeto cada vez más líquido e individualizado.

Es cosa conocida que, hoy en día, ya no es posible imaginar una ciudad que no esté conectada con la red de las otras ciudades. Se puede decir que la “metaciudad” a la que Paul Virilio se refiere es esta

⁴ Las migraciones suceden de un país a otro o dentro del mismo país, por ello, los países latinoamericanos cambiaron a partir de los años cincuenta de ser países eminentemente rurales a convertirse en países urbanos. Las migraciones hacia fuera, en el caso de Colombia, han aumentado significativamente en las últimas décadas, generando que en el país que muchos habitantes subsistan de las remesas internacionales.

misma red. El espacio urbano, formado por el mundo-ciudad y la ciudad-mundo, los filamentos urbanos, las vías de circulación y los medios de comunicación, resulta hoy en día un espacio complejo, enmarañado, un conjunto de rupturas en un fondo de continuidad, un espacio en extensión en el que las fronteras se desplazan (p. 77).

Una nueva posibilidad de movilidad es la da el transeúnte, el *flâneur*⁵, el paseante que circula por las calles de la ciudad disfrutando, incluso, de la degradación de la misma, pero que no genera ningún tipo de identidad o pertenencia con ella; se aprovecha de la ciudad y sus contingencias, sin retribuirle nada a cambio.

Así, la ciudad contemporánea se atiborra de turistas, migrantes, video-paseantes y paseantes, todos ellos absorbiendo lo mejor de la ciudad y generando fronteras, barreras y límites que impiden el crecimiento de la ciudad y la pertenencia a ella.

La movilidad es una categoría central en las ideas de Manuel Delgado (1999b), opera como eje de distinción conceptual, así como articuladora de su propuesta de investigación en el marco de la antropología urbana; es fundamental y punto de partida para la distinción que establece entre la ciudad y lo urbano, ya que para Delgado lo urbano en absoluto equivale o corresponde a la ciudad.

La ciudad es una composición espacial definida por la alta densidad poblacional y el asentamiento de un amplio conjunto de construcciones estables, una colonia humana densa y heterogénea conformada esencialmente por extraños entre sí [...]. Lo urbano, en cambio, es [...] un estilo de vida marcado por la proliferación de urdimbres relacionales deslocalizadas y precarias (p. 23).

Es claro entonces que lo urbano, “la urbanidad”, como lo denomina Delgado, puede darse fuera de los límites de la ciudad territorial,

lo que implica la urbanidad es precisamente la movilidad, los equilibrios precarios en las relaciones humanas, la agitación como fuente de vertebración social, lo que da pie a la constante formación de sociedades coyunturales e inopinadas, cuyo destino es disolverse al poco tiempo de haberse generado (p. 12).

Esta agitación constante, evanescente, esta liquidez de la vida urbana sería el objeto mismo de la antropología que propone el autor⁶. El espacio urbano sería un espacio móvil⁷ y por ende sus topografías serían dinámicas, cobrando especial sentido los flujos que permiten la circulación y, de allí, la noción de “espacio transversal”; “espacios cuyo destino es básicamente el de traspasar, cruzar, intersectar otros espacios devenidos territorios” (p. 36). Espacios *a través de* los cuales la dinámica fluye en tres momentos *irrumper*, *interrumpir* y *disolverse*; “espacios-tránsito”, según Delgado: “entendido cualquier orden territorial como axial, es decir como orden dotado de uno o varios ejes centrales que vertebran en torno a ellos un sistema o que cierran formando un perímetro” (p. 36).

⁵ El *flâneur* es la percepción de paseante que ofrece Baudelaire, surge en el siglo XIX, en el que se caracteriza el hombre que pasea por las calles, se encanta de ellas y de lo que ve, pero que al final se encuentra separado de la ciudad y no se siente parte de ella.

⁶ Delgado habla de una antropología de la movilidad o del movimiento:

si la antropología urbana debe consistir en una ciencia social de las movi­lidades es porque es en ellas, por ellas y a través de ellas como el urbanita puede entretejer sus propias personalidades, todas ellas hechas de transbordos y correspondencias, pero también de traspies y de interferencias (p. 45).

⁷ “Lo urbano sería aquello que se caracterizaría por realizarse en torno a la movilidad, y a tener como característica que no es finalista ni finalizado, que tiende a traducirse en formas de vida social efímeras” (Delgado, 2006, p. 59).

Cuando Delgado aborda el concepto de espacio, la categoría de movilidad vuelve a cobrar una relevancia especial:

El espacio es un cruce de trayectos, de movilidades. Es el efecto producido por operaciones que lo orientan, lo circunstancian, lo temporalizan, lo ponen a funcionar. No hay univocidad, ni estabilidad. Es el ámbito de las operaciones-trayecto, de los desplazamientos, de los tránsitos y pasajes. Esta enunciación sin desarrollo discursivo se organiza a partir de la relación entre los lugares de que se parte o a los que se llega y el *no lugar* que produce (p. 126).

3.5 Dromología y proxemia

Para contextualizar y definir la ciudad contemporánea, es necesario recurrir a las percepciones y definiciones que sobre ella ofrece Paul Virilio (2006), que aterriza la concepción de ciudad a la de velocidad que ofrecen los mass-media. Las formas virtuales han creado una ciudad para que se constituya de forma veloz y fluida.

Entramos en la era de una sincronización de la emoción colectiva que favorece, con la revolución informativa, ya no el antiguo colectivismo burocrático de los regímenes totalitarios sino aquello que paradójicamente podría denominarse como un *individualismo de masa*, puesto que cada uno, uno por uno, padece en el mismo instante el condicionamiento *mass-mediático* (p. 47).

Por ello, parte de la percepción de velocidad en Virilio se asocia a la velocidad que trajo consigo la virtualidad; velocidad que transformó el concepto de tiempo y espacio y construyó una ciudad que debió acomodarse a dicho proceso de aceleración y velocidad.

En este aspecto, aparece la dromología⁸ como una noción acuñada por Paul Virilio íntimamente ligada al concepto de velocidad, que es el que desde muchas perspectivas orienta toda la obra del autor⁹. La dromología aparece como una disciplina que se preocupa por la aceleración y el estudio de la velocidad en las sociedades, la velocidad de transformación en el tiempo y en el espacio y los impactos culturales de dicha velocidad. Virilio instauro la noción de dromología, enfocándose en las cuestiones del tiempo para dejar a un lado los temas relacionados con el espacio. En esta noción “se concentra la importancia política de la velocidad y la relatividad del espacio, ya que no se puede construir espacio sin plantearse antes la cuestión del empleo del tiempo” (Virilio citado por Llorca, 2005, p. 247).

Por lo anterior, la propuesta de Virilio cuenta con enormes potenciales para el trabajo de temas relacionados con la ciudad. Él mismo abordó discusiones relativas a la velocidad del transporte, de las comunicaciones, el uso del territorio y, claro está, de las ciudades contemporáneas: “la ciudad deviene una máquina cuyas calles se convierten en vías de comunicación rápidas” (Virilio citado por Llorca, p. 247). Según García (2010), la dromología,

Pretende delinear una “lógica de la velocidad”, lógica que tomará elementos y se colocará por tanto en la intersección de diferentes disciplinas, como la historia de los medios, la ciencia militar, la física o la urbanística. La dromología habrá de ser entendida como un intento transpolítico y transhistórico de analizar y comprender las relaciones sociales por encima de determinaciones temporales concretas. La razón en la que Virilio se apoya para defender este punto de vista es que existe un “momento

⁸ Dromología proviene del griego *dromos* que significa carrera/acción de correr.

⁹ La obra que se reconoce como central para la revisión de la noción de dromología es el texto de P. Virilio original de 1977: *Velocidad y política*.

dromológico” en todo sistema viviente, y por lo tanto, el mismo ha de ser entendido como constante. “Momento dromológico” hace referencia a las distintas velocidades de las relaciones establecidas dentro de un sistema, que definirían, a su juicio, un rasgo esencial de este conjunto (p. 233).

En suma, la dromología es una “teoría de los medios” (p. 234), en la que cada medio determina la velocidad para desplazarse en su interior y la percepción de la velocidad que en él es requerida; con base en esa percepción de la velocidad es que Virilio lleva a cabo una lectura histórica o una historia de la velocidades enfatizando su “contenido informativo”, o sea, que la velocidad es una información en sí misma.

Todo ello permite observar la dromología como una aceleración del tiempo del espacio, de la historia y de los procesos, así es definida por Virilio (2006):

La de una repentina aceleración de la realidad en la que nuestros descubrimientos tecnológicos se nos vuelven en contra y en la que ciertos espíritus delirantes intentan provocar el accidente de lo real a cualquier precio; ese choque frontal que volvería indiscernibles *verdad y realidad* mentirosas o, en otras palabras, que pondría en práctica el arsenal completo de la *desrealización* (p.50).

Esta aceleración y desrealización se ha visto asociada a los *mass-media* y a la guerra preventiva que ha generado enemigos en todos lados, en la que de todos se sospecha, para incitar el miedo y el terror en los ciudadanos, constituyendo en las ciudades encierros, fronteras y límites con el otro y los otros.

Otro de los conceptos que permiten la configuración de una nueva ciudad, es la proxemia, una disciplina elaborada por Ray L. Birdwhistell¹⁰ que “atiende al uso y la percepción del espacio social y personal a la manera de una ecología del pequeño grupo: relaciones formales e informales, creación de jerarquías, marcas de sometimiento y dominio, establecimiento de canales de comunicación” (citado por Delgado, 2006, p. 30); es un referente de relevancia que Delgado contempla para el desarrollo de su propuesta antropológica. Sin embargo, para Delgado, la fuerza de la elaboración de Birdwhistell radica en la territorialidad “o interpretación de los individuos con un área que interpretan como propia, y que se entiende que ha de ser defendida de intrusiones, violaciones o contaminaciones” (p. 30).

En el espacio público, señala Delgado, es donde se dan los pactos y luchas entre las personas que los ocupan, las negociaciones y escisiones que establecen; se definen los territorios como propios, así como los límites de los mismos y de los colindantes: “ese espacio personal o informal acompaña a todo individuo allá donde va y se expande o contrae en función de los tipos de encuentro y en función de un buscado equilibrio entre aproximación y evitación” (p. 30).

4. CONCLUSIÓN

Los planteamientos hechos sobre la construcción de nuevas bases para comprender el fenómeno de las ciudades modernas, permiten afirmar que la dromología y la proxemia emergen como categorías de interés que pueden, desde muchos puntos de vista, ofrecer perspectivas alternas para el estudio de la ciudad y de lo urbano. El flujo de las velocidades así como la dinámica entre las cercanías y lejanías, tanto como los límites que se establecen, proveen elementos de utilidad para hacerse al estudio de las ciudades contemporáneas, que no se limitan al primado de las formas/estructuras ni al de las relaciones sociales; ofrecen una solución dinámica que puede convocar conjuntamente ambos extremos de la vida urbana y en las ciudades.

¹⁰ Destáquese que el termino proxémica se le atribuye al antropólogo estadounidense Edward T. Hall quien introduce el término en su texto de 1959 *The silent language*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Auge, M. (1987). *El viajero subterráneo. Un etnólogo en el metro*. Buenos Aires, Argentina: Gedisa.
- Auge, M. (1993). *Los no lugares. Espacios del anonimato, para una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona, España: Gedisa,
- Augé, M. (2007). *Por una antropología de la movilidad*. Barcelona, España: Gedisa.
- Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Bonilla, E. & Rodríguez, P. (1997). *Más allá del dilema de los métodos*. Bogotá: Norma.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística. (2012). Informe de Coyuntura Económica Regional Departamento de Bogotá – Cundinamarca. Bogotá: Autor.
- Delgado, M. (1998). Racismo y espacio público. Nuevas formas de exclusión en contextos urbanos. *Acciones e investigaciones sociales*, 7, pp. 5-28. Recuperado de <http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/170227.pdf>
- Delgado, M. (1999a). *Ciudad líquida, ciudad interrumpida*. Medellín, Colombia: UDEA.
- Delgado, M. (1999b). *El animal público*. Barcelona, España: Anagrama.
- Delgado, M. (2006). Sobre antropología, patrimonio y espacio público. *Austral de Ciencias Sociales*, 10, pp. 49-66.
- García, A. (2010). Tiempo, cuerpo y percepción en la imagen técnica. Paul Virilio y la “estética de la desaparición”. *STVDIVM. Revista de Humanidades*, 16, pp. 231-247.
- García-Canclini, N. (1997). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México D. F., México: Grijalbo.
- Llorca, G. (2005). (In)Comunicación y arquitectura. Paul Virilio: claves para un debate. *Comunicación: revista Internacional de Comunicación Audiovisual, Publicidad y Estudios Culturales*, 3, pp. 235-252.
- Montoya, J. (1999). *Memorias y percepciones del paisaje urbano*. Desarticulaciones urbanas. Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Virilio, P. (1997). *El Cibermundo, La política de lo peor*. Madrid, España: Cátedra.
- Virilio, P. (1999). *La inseguridad del territorio*. Buenos Aires, Argentina: La Marca.
- Virilio, P. (2006). *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí*. Buenos Aires, Argentina: Zorzal.
- Virno, P. (2002). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Buenos Aires, Argentina: Traficantes de Sueños.